

XI

JACSON-MORNARD HA MENTIDO

Durante la noche del 23 al 24 de agosto, sin casi darle punto de reposo, sometí a Jacson-Mornard a un nuevo interrogatorio. Resultaba evidente para mí que toda su declaración anterior constituía una sarta de mentiras. Era necesario hacerlo caer en contradicciones consigo mismo. A tal fin respondía, principalmente, el nuevo interrogatorio.

Adoptando un continente grave y severo, amenazador por momentos, le dije:

—Mire, Jacson: es ésta la última oportunidad que le brindo para qué, en su propio beneficio, me diga toda la verdad. El asesinato de Trotski ha producido una sensación tal en el universo entero que viene ocupando las primeras páginas de todos los periódicos y relegando a segundo término las propias informaciones de la guerra. La atención mundial está fija en las autoridades de México en espera de que éstas hagan toda la luz en el suceso. Por un amor propio muy justificado y en nombre de la justicia y el prestigio de. Nuestro país, estamos dispuestos a recurrir a los medios que sean menester para desentrañar la verdad. Esa verdad la tiene exclusivamente usted y estamos dispuestos a arrancársela a cualquier precio, a toda costa, pues de otra manera el nombre de México quedará mal parado ante la opinión del mundo entero. Hasta este momento le hemos tratado a usted con toda clase de consideraciones, usando de la ponderación y de la persuasión; sería muy penoso para nosotros tener que cambiar ahora de táctica.

El asesino me escuchaba atentamente, sin apartar su ojo derecho de mis labios. Sabía que se acercaba para él un penoso combate y parecía concentrar su atención y preparar su voluntad para hacerle frente.

Yo proseguí:

—Ha estado usted argumentado cosas absurdas. Lo que usted ha declarado hasta ahora es inaceptable y no cabe en el cerebro de ninguna persona dotada de razón y ni tan solo en el cerebro de un niño. No podemos aceptar ni lo aceptará la opinión pública que usted, por el hecho de haberse decepcionado de un líder que ningún daño personal le ha hecho, haya tomado la determinación de matarlo a sangre fría. Además, ha incurrido usted en graves falsedades. Ha dicho usted que Trotski destruyó su vida porque le ha hecho venir de Francia con un nombre falso, mientras que en la carta que se le recogió afirma como razón de su delito la desilusión que le produjo el conocimiento personal de Trotski. Hay en esto una evidente contradicción. Nadie en la historia del mundo ha dado un paso semejante por una razón como ésa. Se mata por otras muchas razones, pero no por la que usted invoca. Su argumento es deleznable y lo rechaza el simple sentido común. Le doy la última oportunidad para que me diga usted la verdad. ¿Qué cerebro fué el que armó su brazo? ¿Quiénes fueron los cómplices de su crimen? ¿Quiénes lo mandaron a usted aquí y quiénes, lo auxiliaron? ¿Quiénes, en fin, le proporcionaron a usted los medios económicos para que cometiera el crimen?

Bien claro veía que mis palabras no habían logrado asustarlo. Con serena decisión, replicó:

—He entendido perfectamente su exposición. Anda usted buscando una verdad que no estoy en condiciones de darle, pues no la conozco. Sé que me va a llevar a un terreno sumamente ingrato y que tendré que soportar todas las consecuencias. Mi acto ha adquirido una proporción tan grande, tan enorme, que nunca pensé en ello. Soportaré las consecuencias y aun cuando me cortaran la piel a pedacitos, no podría hacer otra cosa.

—Repita usted el motivo que tuvo para cometer el crimen. Repitió la tesis ya conocida. Según él, los motivos habían sido absolutamente de orden moral, pues Trotski lo había colocado en un callejón sin salida. Dijo textualmente:

—Este hombre me hizo venir a México con un pasaporte falso porque quería hacer de mí un terrorista a su servicio. De una manera equívoca, engañosa, me hizo venir y me ha colocado en la alternativa de seguir la ruta que él quería trazarme o volver a mi patria a morir ante un pelotón de soldados. Mi vida fué destruida a pedazos desde el momento que acepté venir a México. Me he dado cuenta de ello cuando



ya era demasiado tarde.

—¿Usted cree que la conciencia del mundo aplaude su acto?

—¡Naturalmente que no! ¡Quiero que comprenda mi ofuscación y coraje al verme estrujado como un papel!

—Pero usted tuvo ánimos para pasear.

—Nada de eso. Durante toda una semana parecía que no existía; tenía una idea fija en la cabeza, una idea obsesionante que me impedía hasta saludar a Silvia. Estaba enfermo. Ella me decía: "No estoy hablando con un hombre, sino con un muro".

—Temeroso de que lo fueran a aprehender, salió usted del país poco después del primer asalto.

—No.

—Y en Nueva York se comunicó usted con los elementos de la G. P. U. para que lo instruyeran en la preparación de este nuevo atentado.

—Pero señor, pero señor, yo fui a Nueva York porque tenía verdadera necesidad de ver a Silvia. No podía vivir sin verla.

—Después de tener largas conferencias por espacio de dos o tres semanas, regresó usted a México y se comunicó con los elementos de la G. P. U. de aquí. Y no dió la cara para nada a la familia Trotsky; les dijo después que no había ido a verles porque se encontraba enfermo.

—Verdaderamente estuve enfermo. Tenía disentería.

—¿Qué médico lo atendió?

—Generalmente no tengo necesidad de médicos. Padezco una enfermedad del hígado desde los seis años y sé cómo debo cuidarme. Además, cada médico me da un tratamiento diferente.

—Sus razones no son convincentes. No se conduce usted conforme a la verdad.

Le dije esto en tono colérico. Tuvo el valor de hacer un llamamiento a mi bondad.

—¿Cuánto pagó usted por la pistola? —le pregunté.

—Ciento sesenta o ciento setenta pesos. No recuerdo bien. Además le di a Bartolo Pérez o París mi máquina de escribir.

—¿Qué modelo?

—Remington.

—¿Por cuánto la compró usted?

—No recuerdo si por ciento cuarenta o ciento cincuenta pesos.

—¿Cómo supo usted que ese Bartolo Pérez vendía armas?

—Yo no sabía que vendía armas; es uno de esos tipos que se encuentran inconfundiblemente en París, en Constantinopla, en todo el mundo. Yo no puedo afirmar que Bartolo Pérez o París sea su verdadero nombre.

—¿Y dónde compró el puñal?

—En la Lagunilla.

—¿Podría llevarme al lugar donde se lo vendieron?

—Aproximadamente, sí.

—¿En qué fecha lo compró?

—Exactamente no lo sé.

—¿Cuándo salió usted para Nueva York?

—En los primeros días de junio aproximadamente.

—Cuando la G. P. U. se dió cuenta de que había fallado el golpe de Siqueiros lo llamó a usted a Nueva York para planear el nuevo golpe.

Le pareció lógico que yo llegara a esta conclusión, pero negó que fuera cierta.

—¿Cuándo fijó usted la fecha para matar a Trotski?

—Yo no fijé fecha.

—¿Cuándo le vino la idea de matarlo?

—Después que él me confió sus planes y cómo pensaba ejecutarlos.

—¿Cuándo fué eso?

—Unos catorce o quince días antes.

Repitió todo lo dicho anteriormente sobre el viaje que Trotski quería que hiciera a Rusia atravesando el Manchukuo. Precisó:

—Debía entrar en contacto con sus partidarios en la Unión Soviética con el fin de organizar actos de desmoralización de los soldados y una serie de sabotajes a las fábricas de guerra y si se presentaba la oportunidad, el ataque a la Organización Directora. Me habló en líneas generales. Jamás me dió detalles exactos. Salí de la conversación como si me hubiera tirado la casa encima.

—¿Y eso fué lo que le hizo pensar en el asesinato?

—La idea no me vino entonces. Estuve una semana pensando la situación y entonces es cuando me vino la idea del crimen.

—¿En qué momento exactamente?

—Siete u ocho días antes.

Hacía un momento que había asegurado que catorce o quince días antes. Ahora se reducían a siete u ocho días.

—Diga ahora cómo planeó el crimen.

—Nunca tuve plan definido. Mi idea era terminar con él y después suicidarme.

—¿Por qué ho lo hizo?

—Porque no tuve tiempo.

—¿Cómo no?

—Yo pensaba que del golpe que le diera caería muerto. —¿Cómo calculó darle el golpe?

—En la cabeza o no sé dónde. Cerré los ojos.

—Al planear el asesinato, ¿por qué determinó usar el zapapico y no la pistola? Porque lo sé usar muy bien.

—¿Abrigó usted la probabilidad de salir de la casa?

—Posiblemente podía salir de la casa o no podía salir. Si hubiera podido hacerlo, hubiera ido a suicidarme donde ya dije.

—No quiso usted usar la pistola por no hacer ruido y tener la posibilidad de escaparse.

—Vea por qué. Por eso no quería emplear la pistola, por no hacer ruido. No tenía ninguna intención de escapar.

—¿No temió que lo mataran los secretarios?

—Esto es lo que deseaba. Cuarenta cincuenta mil veces les pedí que me mataran.

En la declaración de ahora dijo que Bartolo Pérez o París le acompañó al Bosque de Chapultepec a escribir la carta. ¿Luego el tal Bartolo no se había limitado a guardarle la máquina de escribir y luego a recibirla como regalo al hacerle entrega de la pistola? Quise precisar este punto y le pregunté:

—¿Se despidieron usted y Bartolo?

—Sí: cuando terminé de escribir la carta, él se fué y le di la máquina para que se la guardara.

¿Cómo podía haber escrito semejante carta en presencia de un sujeto al que acaba de conocer y que iba a limitarse a proporcionarle una pistola? ¿No indicaba la presente declaración que el tal Bartolo estaba al corriente de todo? Debía ser el agente de la G. P. U. que había preparado con él todos los detalles del atentado. ¿Pero cuál era su verdadera identidad? ¿Y dónde estaba ahora? Sobre esto no había manera de sacarle una palabra a Jacson-Mornard. Era su secreto.

—¿Cuándo compró la máquina de escribir?

—Después que Silvia se fué a Nueva York.

—¿Entonces Silvia no conoce la máquina?

—No.

—Mire, Jacques: Bartolo puede caer en manos de la justicia y lo cogeremos a usted en contradicciones.

—¿Qué quiere usted que yo le confiese?

—La carta no la escribió usted, sino que se la escribieron. —¿A mí?

—¿Por qué no lo confiesa? ¿Quién le hizo la carta?

—Yo, señor; yo hice esa carta.

Cayó después en contradicciones respecto del impermeable. Aseguró que se lo había comprado exclusivamente para guarecerse de la lluvia. Pero el hecho de guardar en él el zapapico y de haber cosido el puñal demostraba que lo había comprado para cometer el asesinato. Como se recordará, sólo había utilizado este impermeable dos veces, la última el día del crimen. Cayó también en contradicción respecto de la conversación mantenida con Natalia Sedova momentos antes del asesinato. Ante algunas preguntas escabrosas, empezó una serie de respuestas vagas: "No recuerdo". "No lo sé". "No tengo respuesta". Yo me vi obligado a comentar:

—Está usted muy olvidadizo. ¿Por eso ha olvidado a los de la G. P. U.?
Seguidamente le pregunté:

—¿Cuánto tiempo hacía que no iba a casa de Trotsky? —Estuve allí el sábado.

—¿Y a qué fué el sábado si ya tenía pensado matar a Trotsky?

—¡No me acuerdo, no me acuerdo! Creo que fui a ver a Otto o a otro de los muchachos.

Me repitió seguidamente todos los detalles del asesinato. Confesó que le había llevado a Trotsky el artículo sobre la lucha entre la mayoría y la minoría en los Estados Unidos para distraerlo y para que no abrigara desconfianza. Le pregunté:

—¿No pensó usted que Trotsky era un anciano indefenso y que usted obraba con toda cobardía?

—Yo no pensaba en nada —me respondió.

—Inmediatamente después de asestarle el golpe, ¿qué hizo él?

—Dió un salto como si se hubiera vuelto loco y gritó también como un loco. Un grito que recordaré toda la vida.

He procurado resumir lo más posible este interrogatorio que consta en total de veintidós largas páginas a máquina. A pesar de mis amenazas, en términos generales mantuvo la tesis de su carta y de su primera declaración. Su cerebro trabajaba con gran agilidad. No cabía duda alguna que había preparado y madurado su defensa. Lo obligué a caer, sin embargo, en algunas contradicciones, aparte de los múltiples "no sé" y "no recuerdo", recurso fácil de todos los delincuentes cuando se sienten en un callejón sin salida. La principal contradicción, la referente a sus relaciones con León Trotsky; Declaró primero que lo había mandado de París a México un miembro prominente de la IV Internacional para que se pusiera en contacto con el ex-jefe bolchevique ruso. Acusaba ahora a éste de haberlo obligado a venir con un pasaporte falso y de haber destruido su vida. Resultaba de todo punto inconcebible que Trotsky hubiera pretendido separarlo de Silvia, cuando la verdadera trotskista, gracias a la cual lo había conocido personalmente, era ella. Otra contradicción era la ya señalada anteriormente sobre el papel jugado por el fantasmagórico y misterioso Bartolo Pérez o París. Se trataba de un nombre demasiado corriente y vulgar, uno de esos nombres que suelen elegir los que tienen interés en ocultar el suyo. El mismo Jacson-Mornard admitía espontáneamente que este nombre podía muy bien ser falso. Sabía perfectamente qué, de existir, resultaría más que difícil descubrir a la persona que se ocultaba bajo ese nombre. Tenía en todo caso la evidencia de que el tal Bartolo había llenado un papel mucho más importante del que pretendía el asesino. Otro recurso por demás extraño y elocuente era el de la máquina de escribir. Nadie había visto esta máquina. Resultaba inverosímil que la hubiera adquirido con la sola intención de escribir la carta que se le encontró encima. ¿Por qué no la había llevado a la habitación de su hotel? El pretexto de que no sabía qué explicación darle a Silvia resultaba infantil. ¿Podía extrañarle a ésta que un periodista y hombre de negocios, disponiendo de medios económicos, adquiriera una máquina de escribir? A juzgar por el texto de la carta se trataba de una máquina con teclado francés. No fué adquirida en el Nacional Monte de Piedad cómo pretendía el asesino. ¿Y cómo admitir que se la hubiera hecho llevar y traer a Bartolo, según Jacson-Mornard un desconocido poco antes, y luego que se la hubiera regalado? La conclusión era fácil: esa máquina de escribir no había existido ni existía en México. Todo indicaba que la carta había sido escrita en Nueva York durante el viaje que hizo Jacson-Mornard allí unos días después del asalto del 24 de mayo. Probablemente le hizo hacer el viaje el "judío francés", que había dirigido dicho asalto y que había tenido que abandonar México al ver que la policía rondaba por las cercanías de su casa de las Acacias, en Coyoacán. Jacson-Mornard constituía la última reserva y debieron decidirse a utilizarla. Esto era lo lógico y natural; la tesis que trataba de sostener el asesino resultaba, por el contrario, de todo punto inverosímil, fuera de lógica y de sentido común.

Por orden del Juez de Instrucción, el 30 de agosto, hacia el mediodía, fué trasladado Jacson-Mornard en una ambulancia a la casa del extinto León Trotsky con el fin de proceder a la reconstrucción del crimen. Era ésta una diligencia obligada. Rodeaban al asesino cuatro agentes al mando del Comandante Galino. Encontrábase en la casa asimismo varios policías uniformados; unos y otros tenían por objeto principal proteger la vida del victimario de las legítimas iras de los ex secretarios de Trotsky. Previamente se había

procedido al desarme completo de éstos y de los periodistas y fotógrafos. El único que opuso alguna resistencia a dejarse desarmar fué Robins. Se recogieron en la casa once pistolas automáticas, una "Thompson" y una carabina también automática, que quedaron encerradas en una habitación bajo la guardia de un policía.

A la entrada, en el zaguán, una losa de mármol: "In memora of Robert Sheldon Harte —1915-1940—, Murdered by Stalin".

La casa había sufrido nuevas y recientes transformaciones, que la hacían todavía más inexpugnable. Las ventanas tenían rejas reforzadas, las puertas estaban blindadas y abundaban las aspilleras por todas partes. La G. P. U. debía sonreír, triunfante, de todas estas precauciones.

Se empezó por hacer un minucioso examen de los libros en que constaban las visitas recibidas, el día, la semana, el mes, el año, la hora exacta de entrada y salida, la inicial de la persona que estaba de guardia. Había una sola anotación a nombre de Silvia Ageloff Maslow, el 19 de marzo, a las 20 horas y 35 minutos. Jacson-Mornard había hecho doce visitas a la casa, la primera el 28 de mayo y la última el 20 de agosto, a las cuatro horas y veintiún minutos exactamente. Había una el 12 de junio, de 10.30 a 10.40 de la mañana. Fué el día en que salió para Nueva York y en que Cooper comió con él y le acompañó al aeropuerto civil. La siguiente visita fué el 29 de julio. Hacía tres semanas casi que había regresado de la gran urbe americana, sin duda con instrucciones precisas. La mayoría de las veces había permanecido algunos minutos tan solo en la casa. La visita más larga fué la del 29 de julio: entró a las 2.40 y salió a las 3.50. Es decir, permaneció en esta ocasión en la casa una hora y diez minutos. La visita que le seguía en orden de extensión correspondía al 8 de agosto, doce días antes del crimen: entró a las 5.55 y salió a las 6.40. Permaneció en la casa tres cuartos de hora justos. En total, durante las once visitas —sin contar la del día del crimen—, permaneció en la casa cuatro horas y veintisiete minutos. A nadie puede ocultársele la extraordinaria importancia de estos datos. ¿Cómo era posible que en tan corto tiempo pudiera Trotski confiarle a Jacson-Mornard una misión tan delicada y al mismo tiempo tan complicada como era la de trasladarse a Rusia por Shangai y por el Manchukuo con el fin de organizar tareas tan vastas como eran la desmoralización del Ejército, el sabotaje de las industrias de guerra y el terrorismo contra los jefes de la U. R. S. S.? Independientemente de lo inconcebible del encargo, materialmente parecía esto imposible. Pudo establecerse, además, que solamente durante dos o tres de las visitas tuvo Jacson-Mornard la oportunidad de ver a Trotski. Y aun éstas se debieron a las siguientes circunstancias: Jacson visitaba al francés Alfredo Rosmer, que le recibía al comienzo en la puerta de la calle, sin invitarle a entrar. Partió entonces de Natalia Sedova el que le hiciera pasar para que no permanecieran en la calle. Una de las veces que Jacson visitó a Rosmer, éste se lo presentó casualmente a Trotski. El asesino ignoraba, seguramente —y quizá lo ignoraba la propia G. P. U.—, este escrupuloso registro de las visitas en casa del exilado ruso. No es ello menos cierto que dicho registro contribuía aún más a echar por tierra la tesis sostenida por el victimario.

El Juez de Instrucción procedió a romper los cinco sellos que cerraban la puerta del despacho donde se cometió el atentado. Todo permanecía igual que quedó después del drama. Sobre la mesa había unos anteojos de Trotski, que usaba seguramente para ver de lejos. Hacia la derecha había otros de Carey, con el cristal izquierdo saltado. Eran los que usaba cuando recibió el golpe fatal. Habían quedado rotos. Sobre una silla, al lado de un diván, estaba el libro que leía Trotski: "Hitler m'a dit..." universalmente conocido. Se encontraron también en el despacho las dos pistolas de la víctima, con seis cartuchos útiles cada una.

El licenciado Raúl Carrancá Trujillo dió orden de que introdujeran en el despacho al asesino. Entró éste encorvado, con la cabeza caída sobre el pecho, arrastrando los pies. Vestía un traje gris y llevaba un casquete de vendas en la cabeza, por el que escapaba un mechón hirsuto. Se quejaba continuamente, exagerando hábilmente su estado de debilidad. Su aspecto era sencillamente lamentable. Al ver a Hansen, que lo miraba fijamente y con una expresión de odio sereno, se puso a temblar y se desplomó sobre una silla. Cuando se dió cuenta que pisaba sobre sangre seca, se vió sacudido por una convulsión nerviosa y hundió la cabeza entre sus brazos, puestos sobre la mesa de trabajo de Trotski.

Cuando llegó el momento de la reconstrucción del crimen, el Comandante Galindo ocupó el mismo lugar que ocupara la víctima. El asesino, puesto de pie a su lado, hacia la izquierda y junto a la ventana del jardín, musitó:

—Cuando cometí mi acto, leía mi artículo. Ya había dejado la primera hoja y al comenzar la segunda di un paso hacia atrás, me volví y cogí de mi impermeable, que había colocado en la mesa de atrás, el piolet, que empuñé rápidamente e inmediatamente le descargué un golpe en la cabeza, así...

Y accionando con un rollo de periódico a guisa de arma, simuló que asestaba el golpe sobre la cabeza del Comandante Galindo.

Añadió con voz apagada:

—Llegó alguien, que me supongo fué Robins; yo no veía nada ni tuve impulsos para dar un paso. Me golpearon y caí al suelo sin conocimiento. Esto es todo.

Así se dió por terminada la diligencia.

El mismo día, por la tarde, y previa autorización del Juez Instructor, Jacson-Mornard fué sometido a un doble contrainterrogatorio: uno a cargo del Agente Especial del Ministerio Público, licenciado Francisco Cabeza de Vaca, y otro a cargo de Albert Goldman, abogado de Natalia Sedova y de la organización trotskista. El más importante fué el segundo, a pesar de que el abogado norteamericano se vió constreñido a tratar solamente aquello que se refería a la preparación y la comisión del crimen.

—¿Qué asunto tenía usted que tratar el día 20 de este mes en el Consulado Americano? —le preguntó el Agente del Ministerio Público.

—Ninguno —respondió el asesino.

—¿Por qué le dijo tal cosa a Silvia?

—Le mentí para que ella no supiera la verdad. Quería entrevistar a Bartolo para que me diera la pistola y suicidarme.

—¿Usted conocía a Stachel y a Bittleman?

—Ni de oídas.

—¿Sabía que eran agentes stalinistas prominentes?

—No lo sabía.

—Cuando estuvo usted en París, ¿comprendía el español?

—Lo poco que sé lo he aprendido aquí.

—Días antes del crimen, el 17 de agosto, usted fué a ver a Trotski para enseñarle el borrador de un artículo, ¿no es así?

—Efectivamente. Y él hizo algunas correcciones. Estuvimos en su oficina los dos solos.

—Dígame la verdad: ¿por qué no lo mató entonces? ¿No estaba el despacho con el mismo mobiliario y en la misma forma que el día 20?

—Efectivamente, todo estaba idéntico: la escena, la misma, pero yo no llevaba arma ese día.

—El día del crimen ocurrió completamente lo mismo que cuando su visita el sábado anterior. Igual pretexto del artículo que debía leer Trotski, la misma escena. Trotski se sentó en su despacho a leer el artículo y usted a su lado, a la izquierda y completamente solos. ¿No es así? ¿Lo ocurrido la primera vez fué tan solo un ensayo?

—Estoy de acuerdo en que la segunda vez fué casi una repetición de la anterior, pero no por esto voy a confesar que hubo premeditación en los actos que realicé el veinte del actual.

La anterior respuesta indica que el asesino empezaba a preparar con cautela su defensa. Sin embargo, no podía hacerse ilusiones: toda su actitud, todas sus declaraciones anteriores —convenientemente firmadas— y sobre ,todo, su carta probaban la premeditación y la alevosía.

Resumiré ahora lo más posible el largo e interesantísimo contrainterrogatorio a que sometió al homicida el abogado trotskista norteamericano Albert Goldman.

Al preguntarle qué había hecho de su pasaporte y demás documentos personales, respondió:

—Ya he declarado que cuando me dirigía a casa de Trotsky, la tarde del día 20, en el trayecto quemé todos mis papeles. La única cosa que dejé fué una carta encontrada en mi poder por la policía. Sí, estoy diciendo la verdad y mi pasaporte y demás documentos habrían corroborado mi declaración en todos sus detalles.

—¿Por qué, entonces, los destruyó?

—Quería deshacerme de todo ese material y no vi ninguna utilidad en guardarlo.

—¿Cuándo, aproximadamente, vió usted al miembro de la IV Internacional que le pidió que viniera a México para ver a Trotsky?

—A fines de julio o principios de agosto de 1939.

—¿Quién se lo presentó?

—Creo que fueron dos miembros griegos de la IV Internacional.

—¿El miembro de la IV Internacional le fué presentado por su nombre?

—No.

—¿Entonces cómo se lo presentaron?

—Simplemente como un miembro de la IV Internacional.

—¿Era usted miembro de la sección francesa de la IV Internacional?

—No. Solamente simpatizante.

—¿Puede darnos una idea de la nacionalidad de ese miembro?

—Creo que era rumano o de alguno de los países balcánicos.

—¿Cuántas veces vió usted a ese hombre?

—Como quince o veinte veces.

—¿Cuándo fué la última vez?

—No recuerdo.

A casi todas las demás preguntas sobre sus entrevistas con el miembro del Comité de la IV Internacional, respondió invariablemente: "No recuerdo".

—¿Cuánto dinero recibió usted de ese miembro del Comité?

—Doscientos dólares.

—¿En moneda francesa o americana?

—No recuerdo.

—¿Le preguntó usted si doscientos dólares eran suficientes para cubrir todos los gastos del viaje a México?

—No, no le pregunté.

—¿Sabía usted cuánto costaría el viaje a México?

—No.

—Usted ha declarado que ese miembro le dió instrucciones de esperar en México y no ver a Trotski inmediatamente.

—Sí.

—También le dió instrucciones de aparentar estar ocupado en negocios en México por algún tiempo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y lo hizo así desde septiembre de 1939 hasta fines de mayo de 1940?

—Sí.

—¿Y no se le ocurrió que los doscientos dólares no serían suficientes?

—El dinero es cosa secundaria para mí.

—¿Recibió usted carta de presentación para Trotski del pretendido miembro de la IV Internacional?

—No.

—¿Cómo esperaba conocer a Trotski sin carta de presentación y convencerlo de que usted era de confianza?

—Eso no era cuestión mía; dependía de quien me enviaba.

—¿Qué esperaba usted hacer con Trotski?

—Actuar como traductor o como secretario.

—¿Pensó usted en lo raro que era ser mandado sin ninguna carta de presentación?

—No.

—¿Qué hizo usted durante todos los meses desde que llegó de los Estados Unidos hasta lograr ver a Trotski?

—Nada.

—¿Se dedicaba a algún negocio?

—No.

—¿No refirió usted a varias personas que se dedicaba a los negocios?

—Sí.

—¿Por qué lo hizo?

—Esas eran mis instrucciones.

—¿Conoció usted a algunos de los secretarios de Trotsky?

—Sí.

—¿Le preguntó alguna vez a alguno de ellos si habían recibido las mismas instrucciones de esperar antes de ver a Trotsky?

—No.

Siguió todo un interrogatorio sobre el pasaporte que el asesino decía haber recibido en París y que había hecho desaparecer. Aseguró que lo único que recordaba de dicho documento era el nombre de Frank Jackson.

—Usted sabía que era un pasaporte falso, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y pretende usted que nunca se fijó en el contenido para familiarizarse con él?

—Nunca tuve el menor interés en verlo.

—¿No temía usted que pudieran interrogarlo acerca de él en la frontera?

—Nunca tuve ese temor.

—¿Quiere usted hacernos creer que recibió un pasaporte falso en Europa y nunca se fijó en los datos?

—No me importa lo que ustedes crean.

Cuando el abogado empezó a interrogarlo sobre sus entrevistas con Trotsky, se hizo excesivamente cauto. Para él era ésta, claro está, la parte más difícil. Vale la pena reproducir las principales preguntas y respuestas.

—¿Cuándo vio usted por primera vez a Trotsky?

—No recuerdo.

—¿Fue el día que llegó usted a casa de Trotsky para conducir a los Rosmer a Veracruz?

—No recuerdo.

—Fue usted quien se ofreció a llevar a los Rosmer a Veracruz o fueron ellos quienes se lo pidieron?

—No recuerdo.

—¿Conoció usted a Trotsky antes de venir por los Rosmer?

—No recuerdo.

—¿Recuerda usted en qué mes vio por vez primera a Trotsky?

—No.

—¿Fue antes o después del asalto del 24 de mayo?

—Fué después, a fines de mayo.

—¿Quién le presentó por primera vez a Trotski?

—Alfredo Rosmer.

—¿Tuvo alguna conversación con Trotski en presencia de Rosmer?

—No recuerdo.

—¿Cuál fué el tema de su primera conversación con Trotski?

—No recuerdo.

—¿Recuerda usted cuándo sostuvo su segunda conversación con Trotski?

—No.

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre la primera conversación y la segunda?

—No recuerdo,

—¿Cuál fué el tema de la segunda conversación?

—No recuerdo.

A todas las demás preguntas sobre las conversaciones con Trotski, sobre las fechas, sobre las circunstancias y sobre las personas presentes, contestó invariablemente: "No recuerdo".

—¿Durante cuál de las conversaciones se sintió usted desilusionado?

—No recuerdo.

—¿Contó usted a alguien que se había desilusionado?

—No recuerdo.

—¿No le habló usted a Silvia, su más íntima amiga, acerca de su desilusión?

—No lo sé.

—¿Puede usted darnos uno de los resultados de las conversaciones?

—Recuerdo que el resultado de ellas fué: desilusión de Trotski.

Ante otras Preguntas repitió lo que decía en su carta: que Trotski había pretendido mandarlo a Rusia a realizar actos sabotaje.

—¿Fue durante esta conversación con Trotski cuando le propuso que asesinara a Stalin?

—Trotski no me propuso exactamente que yo asesinara a Stalin

—¿Entonces qué es precisamente lo que le propuso Trotski?

—No recuerdo.

—¿Y su desilusión fué el resultado de la proposición de que usted cometiera actos de sabotaje?

—Sí.

—¿Le dijo Trotski qué actos de sabotaje debía cometer en Rusia?

—Ya he contestado a esa pregunta en mi declaración anterior.

—¿No puede usted repetir la contestación?

—No.

—¿Quiere usted contestar sí o no, si Trotski le propuso asesinar a Stalin?

—Ya he contestado a todas las preguntas en las declaraciones anteriores.

—¿Cuántas conversaciones sostuvo usted con Trotski después que le propuso la comisión de actos de sabotaje en Rusia?

—No recuerdo.

—¿Cuándo debía usted ir a Rusia para llevar a cabo estos actos de sabotaje?

—No lo sé.

—¿Qué era lo primero que tenía que hacer al llegar a Rusia? 1

—No lo sé. Ya di una descripción de los detalles de las proposiciones que me hizo Trotski y es inútil repetirlos.

—¿Contestará usted a las preguntas que le hago si le demuestro que no las ha contestado antes?

—No las contestaré porque usted quiere hacerme caer en contradicciones.

Aquí intervino el Juez:

—Si ha contestado usted verídicamente no temerá caer en contradicciones.

—Si no doy detalles no es porque tema contradecirme, sino porque Trotski no me dió ningún detalle. Todo lo que sé es el resultado de las conversaciones. Trotski me pidió que fuera a Rusia y cometiera actos de sabotaje. No conozco detalles de ninguna clase puesto que Trotski nunca daba detalles de sus planes.

Todos estos interrogatorios nos llevaban a tina evidencia moral: Jacson-Mornard había mentido. Nadie podía dudar de ello. Pero cuál era la verdad que él ocultaba tan cuidadosamente?